

Al abrigo del progreso



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2019

De tiempo en tiempo abro los arcanos de la memoria para encontrarme, agazapados, con un puñado de budokas sinceros. Uno de ellos, a quien conocí cuando atravesaba una época turbulenta en la que uno de mis mayores deseos era, simplemente, desaparecer, permanece aún en activo, siendo uno de los maestros de budô más auténticos que conozco. Ya en aquellos años, habiendo sido un vagabundo -ese personaje poco conocido y a veces despreciado, por malinterpretado, que se aparta del mundo de forma consciente- buscaba él sus momentos de soledad y apartamiento.

Yo, que me había acercado al mito del vagabundo leyendo a Shanti Andia y Zalacaín en las novelas de Baroja, dejándome los ojos en la poesía que Basho vierte en "Sendas de Oku", navegando junto a las cartas que Julio Villar dejara escritas para "Eh, petrel", siguiendo los itinerarios que anduviera Alexander Csoma de Koros pretendiendo encontrar su particular Ítaca y estudiando a los espadachines del Sengoku Jidai, creía entender la razón de su postura.

En efecto. Aquel viejo budoka había residido en Japón durante unos años y después de regresar a su país continuo aprendiendo de su mentor, participando en los seminarios que aquel dictaba en los diferentes países de Europa y América que solía visitar. De esta forma, hasta la muerte de su sensei, había completado su formación.

Más tarde, compraría una finca a unos cien kilómetros de la ciudad en la que había nacido. No era una propiedad excesivamente grande -dos hectáreas- pero resultó suficiente para dar forma a su proyecto. Con sus propias manos construyó allí su hogar y, junto a él, levantó un pequeño dôjô en el que poder expresar el budô que durante dos décadas le transmitió su maestro.

Después de haber vivido tan intensamente las Artes Marciales tradicionales, este budoka optó por recluirse en aquel apartado lugar, dedicar sus jornadas a la agricultura ecológica y su tiempo libre a la enseñanza del budô clásico. Tal decisión resultaba consecuente con la filosofía que había conducido sus años de bandomusha, pretendiendo con ello no más que la sencillez, el contacto con la naturaleza y un cierto anonimato dentro de la familia del budô.

Le escribí, con la intención de conocerle personalmente, pero declinó mi propuesta con educación. En primer lugar, no disponía de mucho tiempo libre, pues las faenas del campo ocupaban la mayor parte de sus horas y, además, no deseaba escuchar acerca de otras formas de entender budô. Estaba bien como estaba. Eso era todo. Concluyó.

Le respondí de inmediato, desde luego, explicándole que tampoco yo deseaba intercambiar conocimientos en relación a las Artes Marciales. Ambos teníamos edad suficiente para buscar dentro respuestas a nuestras inquietudes, solución a los interrogantes, iniciativas capaces de satisfacernos. Mi intención no era sino encontrarme con alguien tan comprometido con sus ideas, alguien capaz de hacer realidad semejante proyecto con el único fin de vivir la autenticidad del budô en el que creía. Eso era todo. No obstante, entendiendo que aquel cruce de misivas había perturbado su equilibrado día a día, no quise convertirme en un detonante capaz

de alterar aquella aventura tan romántica como real. Me despedí, deseándole lo mejor.

Recordé este episodio cuando vinieron a entregarme unos panfletos publicitarios, unos trípticos, muy bien ilustrados, que ofrecían “vacaciones espirituales” en formatos de una o dos semanas en diferentes hoteles de la sierra norte de Madrid.

Los asistentes -se apuntaba- tendrían opción a todo tipo de terapias para mejorar su salud, realizar un sinnúmero de prácticas –incluyendo tai chi, zen, yoga y aikido- dirigidas por un amplio plantel de profesionales, tomar parte en reuniones grupales, compartir emociones, inquietudes, expectativas, progresos y proyectos vitales.

Y, desde luego, disfrutar de los servicios de un restaurante vegetariano.

Me cogieron desprevenido.

En el momento de llamar me encontraba en conversación con los viejos katas. Escondido en quién sabe qué recodo de la historia del viejo bujutsu tratando de dilucidar quién sabe qué razón intangible de un movimiento cualquiera. Sí, estaba imbuido en un contexto tan alejado de la actualidad como auténtico, tan extemporáneo como, al menos para mí, profundamente verdadero.

Aquel tiempo de estudio se había convertido en refugio, no quería renunciar a él y no estaba dispuesto a alejarme de allí, ni siquiera durante los breves minutos que hubiera necesitado para explicarme ante aquellos visitantes fugaces. Con celeridad tomé la información y cerré de nuevo el dōjō, sumiéndome, una vez más, en el interior de mi humilde trabajo.

Pasados unos días, mientras disfrutaba de aquel voluntario apartamento, alguien se acercó para mostrarme el anuncio de un “tour para budokas” que incluía visitas a una gran parte de esos lugares ligados al inconsciente colectivo de los artistas marciales.

El viaje propuesto comenzaría en China, donde el grupo visitaría algunos monasterios que, según la tradición, dieron vida a algunas de las formas de lucha más antiguas hoy conocidas. Después, la comitiva volaría a la capital del archipiélago de las Ryū Kyū, donde le esperarían unos días de frenética actividad en los que habrían de visitar: memoriales de notables maestros, lugares de interés histórico, restaurantes de comida autóctona, dojos emblemáticos, imponentes castillos, etcétera. Para terminar, la expedición llegaría al Japón central, donde les aguardarían las ciudades de Kyoto, Nara o Kamakura para descubrir en ellas el espíritu de los viejos guerreros.

También estuve desprevenido.

Aquella mañana me encontraba rodeado de libros, escribiendo algo parecido a un poema, tratando de expresar en él una sencilla emoción atesorada en la memoria

con el peso de una piedra. Sí, era una composición que, a duras penas, tomaba forma y reconstruía un sueño de juventud, humilde, introspectivo.

Me costó romper con el momento. No obstante, atendí al visitante. Después, raudo y veloz, regresé a la palabra escrita.

Hubo una tercera ocasión, pero entonces estuve atento y supe decir: no.

Un puñado de amigos manteníamos una tertulia sentados en la madera del dôjô. Poníamos de manifiesto la rabiosa actualidad: la constante variabilidad de los contenidos, esos intereses capaces de manipular para obtener réditos, una competitividad exacerbada que desea alcanzar lo genuino, las concesiones que la individualidad otorga a las mayorías diluyendo en ellas su originalidad.

Hablábamos de cómo, siempre, existieron budokas que prefirieron el anonimato a la notoriedad, la profunda simplicidad a la astucia, lo pragmático a lo voluble, lo humano a lo trascendente.

Cuando todo ocupaba su lugar, llamaron de nuevo a la puerta. Detrás de unas primeras palabras que no pretendían sino acercar mundos antagónicos aparecían, otra vez: el ruido, la complejidad y el derroche. Esta vez, el formato en el que se presentaba el estrépito llegaba en forma de invitación.

En efecto. En una turística ciudad del litoral se reunirían los máximos exponentes de seis tradiciones del viejo Karate. El programa técnico resultaba impresionante. Los maestros compartirían los secretos de: kata, bunkai, kobujutsu, tuitejutsu, kyushojutsu. Los afortunados asistentes tendrían oportunidad de trabajar con todos y cada uno de ellos, participar en las sesiones fotográficas, promocionar o examinarse de grado, realizar una demostración y divertirse en la sayonara party.

Me acordé de Pla, cuando, a preguntas de un periodista, respondió: “En mis libros no hay mosquitos, ni leones, ni chacales, ni objeto alguno sorprendente o extraño”.

Como el escritor ampurdanés, tampoco yo perseguía sorpresas, ni formas voluptuosas, ni registros espectaculares sino, únicamente, continuar con mi estado de ánimo, vararme en aquel lugar en el que era feliz, mantenerme al abrigo del progreso desmesurado, del voraz afán de la velocidad.

En otra ocasión, una editorial ofreció a Josep Pla una cifra astronómica por la publicación de toda su obra literaria. El escritor, fiel a su estilo, contestó: “Una cifra tal rompería mi presupuesto”.

Declinó la oferta y regresó a su masía.

Pues eso.